
FIESTAS POPULARES EN COSTA RICA

EL CARNAVAL DE SAN JOSÉ:

¿ESPEJO O MÁSCARA DE LA CULTURA POPULAR COSTARRICENSE?

Carmen Murillo Chaverri

RESUMEN

En este trabajo se describe y analiza el desfile de carnaval que se realiza anualmente en la ciudad capital, con ocasión de los Festejos Populares de fin y principio de año, organizados por la Municipalidad de San José. Con base en un estudio histórico, etnográfico y documental, se analiza el Carnaval como una fiesta en donde se pone de manifiesto expresiones subordinadas o invisibilizadas de las culturas populares costarricenses. Se analiza también las potencialidades y límites a su expresión y vigencia, en el marco institucional de convocatoria al evento.

PRESENTACIÓN

Cada fin y principio de año, en la ciudad capital se señala un tiempo de fiesta. Desde el 25 de diciembre y por espacio de 7 a 10 días —dependiendo de los caprichos del calendario—, las calles del centro de la ciudad, algunos populosos barrios aledaños a la capital y principalmente, el campo ferial ubicado en la localidad de Zapote, trocan la retahíla de su cotidianidad habitual, por la agitación que le imprime un conglomerado de nuevos moradores que reclaman para sí un paréntesis de esparcimiento, luego de un año de trabajos o estudios.

Desde sus inicios, los Festejos Populares de San José han sido dirigidos no solo a los habitantes de la ciudad, sino que la invitación se abre hacia los demás pobladores del territorio nacional. En décadas recientes, la algarabía de los habitantes de San José es

compartida con los pobladores del resto del territorio nacional, por la acción de las ondas televisivas.

La amplitud de la convocatoria y el carácter secular del festejo, aunado al interés oficial por ser consideradas como Fiestas Nacionales, buscan hacer de éstas, un reflejo de la cultura costarricense. El objeto de este escrito es indagar acerca de los alcances de esta intención, sirviéndonos para ello del análisis de una de las facetas más características de las fiestas capitalinas: el Carnaval.

Esta tradición festiva, realizada de forma ininterrumpida en la ciudad capital desde 1926, congrega a miles de participantes y observadores que se entregan a la fiesta callejera. Esta, sin embargo, se encuentra enmarcada por una serie de disposiciones organizativas emanadas de la instancia organizadora y retomadas por los participantes, como veremos a continuación.

1. SOBRE LA ORGANIZACIÓN DEL EVENTO

La convocatoria de los festejos en la ciudad capital se encuentra a cargo del gobierno municipal del Cantón Central de San José, desde donde se instala anualmente una Comisión de Festejos Populares a efectos de organizar todo lo relativo a ellos. La composición de dicha comisión incluye cuatro regidores municipales y un representante del Hospicio de Huérfanos, entidad beneficiaria a partes iguales junto con la Municipalidad de San José, de los beneficios económicos que deparan los festejos. Dado que las festividades incluyen diferentes actividades, cada uno de los miembros de esta comisión central asume la presidencia de diferentes Subcomisiones, entre las que se cuenta una dedicada exclusivamente a la organización del Carnaval.

En la medida en que los regidores pertenecen a diferentes banderías políticas, la distribución de las presidencias de las Subcomisiones también se tiñen de estos intereses, como puede notarse al revisar los Libros de Actas respectivos. Resulta claro que la presidencia de actividades como el Carnaval o el Tope, tienen más atractivo en este sentido que otras como deportes o actividades artísticas, en razón de la masiva atención que reciben, lo que permite deparar mayores beneficios de promoción política.

La Subcomisión de Carnaval¹ incluye nueve personas, apoyadas por una secretaria y un comunicador, además de dos o tres coordinadores de cada una de las modalidades de participación, a saber: autos antiguos, alusiones típicas, zancos, bandas, disfraces, carrozas y comparsas. Además participan de la Subcomisión un jefe de fiscales para cada una de las anteriores modalidades, así como un número variable de fiscales². El grupo anterior se completa con la contratación de un animador.

Cuando se cae en la cuenta de que cada una de estas personas reciben dietas o salarios por sus cargos, resulta claro el por qué este rubro supone alrededor del 50% de los egresos totales del presupuesto no dedicado a premios, que maneja la Subcomisión³ y que resulte bastante frecuente las cifras deficitarias de hasta un 64% sobre el presupuesto inicial dedicado al Carnaval, como sucedió en 1988⁴. Curiosamente, muchos de los nombramientos efectuados por la Subcomisión recaen en funcionarios fijos de la Municipalidad de San José, que de este modo se distraen de sus tareas habituales, a la vez que reciben un ingreso extra.

Los organizadores del Carnaval han demostrado de manera sostenida durante varios años, un gran interés por conocer y promocionar el Carnaval de San José en eventos similares tanto dentro como fuera del país. En la documentación revisada se ubicaron diversas referencias de viajes de delegados de la Subcomisión a los Carnavales de Limón y a la Feria Internacional de David, Panamá, así como de gestiones a efectos de lograr la visita de alguna orquesta o comparsa de Cuba en el Carnaval⁵. De forma recíproca, se han cursado invitaciones a organizadores y grupos artísticos de estos lugares, con transporte, hospedaje y otras atenciones para grupos de hasta 110 personas —comparsas, grupos folclóricos, murgas, bandas, etc.—, a efectos de participar en el Carnaval y en los Festejos Populares en general⁶.

1. Estos datos corresponden al Carnaval Nacional 1998.

2. Para el año 1988, este número fue de 35 personas. En esa oportunidad aparecen también cuatro

personas nombradas como encargadas de alimentación, aunque en otros años este rubro constituye una compra de servicios. Ver AMSJ N°4851, 1988-1989, *acta* 29, del 17 de diciembre de 1988.

3. Para el año 1986-1987, esta proporción fue del 52% AMSJ N°5563, 1986-1987, f.323.

4. AMSJ N°4851, 1988-1989, *acta* n°4.

5. AMSJ N° 5563 1986-1987, *acta* n° 17, f.115; N°4901 1987-1988, s.f.; N°4851, 1988-1989, *actas* n°8, 12 y 14. El detalle del programa de visita de la Subcomisión a los Carnavales de Limón y demás actividades recreativas incluidas, puede consultarse en AMSJ N° 5555 1986-1987, s.f.

6. AMSJ N°4851, 1988-1989 *acta* n°8, 12 y 19; N°4885, 1988-1989, s.f.

En su afán porque el Carnaval de San José, convocado como "El Carnaval Nacional", sea representativo no solo de la ciudad o la provincia de San José sino de todo el país, es que sus organizadores apoyan económicamente a algunos grupos de lugares lejanos, como Limón y Guanacaste, para trasladarse a la capital y participar del evento.

Además de estas actividades, los miembros de la Subcomisión asumen un conjunto de tareas organizativas y promocionales, previas al evento. Se motiva la participación a través de reportajes y viñetas publicitarias unas semanas antes de la fecha y se ponen a disposición de los interesados las boletas de inscripción, en donde se consiguen algunos datos generales del espectáculo y de la persona representante. Incluso, un participante entrevistado señaló que, en su caso, por ser asiduo participante en el Carnaval, desde la Municipalidad le contactan telefónicamente si en fechas cercanas al evento, aún no se han inscrito⁷. El nombramiento, año tras año, de algunas personas en los puestos de apoyo —como secretaria, relaciones públicas, etc.—, facilita la continuidad del trabajo.

El momento crucial de los organizadores, se centra, sin embargo, en las horas del evento, desde el ordenamiento de los participantes, su debida identificación mediante banderines numerados, su regulación con miras a lograr un recorrido ordenado y un adecuado proceso de calificación en las tarimas. Hacia mediados de enero tienen lugar la actividad de premiación, la cual consiste en una recepción y baile para ganadores, jurados, organizadores y colaboradores en general. Finalmente, debe realizarse la rendición general de cuentas ante la Comisión de Festejos Populares, la Municipalidad y la Contraloría General de la República.

En el caso de los actores del espectáculo callejero, sus expresiones deben cir-

cuncribirse a lo dispuesto en el Reglamento del evento, que entre otros aspectos, regula lo relativo a patrocinios comerciales, puntualidad y comportamiento moral⁸. Los participantes inscritos también requieren la observancia de los criterios de calificación utilizados por el Jurado, única vía para aspirar a la obtención de alguno de los tres o cuatro premios dispuestos para cada categoría. Estos criterios⁹ son:

Autos antiguos: estilo, presentación y modelo.

Carrozas y alusiones típicas: originalidad, presentación, iluminación y armonía de conjunto.

Bandas y comparsas: originalidad, presentación, instrumentación y coordinación de movimientos.

Disfraces y zancos: originalidad, presentación y desenvolvimiento.

Como puede notarse, los criterios que sustentan el juzgamiento, tienden a privilegiar los aspectos de apariencia, por sobre los elementos temáticos y de contenido de cada una de las presentaciones. Tampoco se valora los elementos de crítica o propuesta social, ni la referencia a tradiciones culturales costarricenses, o al esfuerzo colectivo que puede suponer la puesta en escena de las diferentes modalidades de participación. A los ojos del Jurado, lo mismo vale, por ejemplo, una carroza realizada por un grupo de jóvenes de una localidad con una temática alusiva a la prevención en el consumo de drogas, que otra carroza con un amplio despliegue tecnológico patrocinada por una cadena de almacenes con fines meramente comerciales.

En la siguiente tabla puede notarse la relación entre las boletas de inscripción, el número de personas participantes y los montos destinados a la premiación:

7. Entrevista a José Porras Valverde, San Juan de Dios de Desamparados, 29 de octubre de 1999.

8. Ver al respecto el documento de la Municipalidad de San José, *Carnaval Nacional 1998* San José: Subcomisión de Carnaval 1998-1999.

9. SMSJ, N°32156, 1995-1996, s.f.

TABLA 1
CARNAVAL DE SAN JOSÉ 1998-1999
PARTICIPANTES Y PREMIACIÓN, SEGÚN MODALIDAD

MODALIDAD	INSCRIPCIONES	Nº PERSONAS	TOTAL PREMIOS
Autos antiguos	27	54	393 750
Disfraces	30	183	540 750
Zancos	6	41	304 500
Alusión típica	16	328	787 500
Bandas	24	1948	1 023 750
Carrozas	9	164	1 785 000
Comparsas	23	1519	3 181 500

Fuente: Municipalidad de San José.

Las cifras anteriores dejan translucir el valor simbólico relativo que los organizadores asignan a cada modalidad, el cual se traduce en la distribución de las diferentes premiaciones. Así, el peso de la premiación se inclina hacia las comparsas, a las que se destina el 40% de los premios del Carnaval, situación que contrasta, por ejemplo, con las bandas, cuyos montos de premiación son mucho más bajos, a pesar de que el número promedio de sus integrantes (81), es más elevado que el de las comparsas (61).

Por su parte, las alusiones típicas ocupan un renglón bastante modesto dentro de la distribución de los premios —menos de un 10%—. Incluso en el año 1988 se dio el caso de que los montos de premios aprobados, 60 000 colones para el primer lugar, 40 000 para el segundo y 25 000 para el tercero, fueron arbitrariamente reducidos a 35 000 colones el primer lugar y 25 000 el segundo lugar, eliminando el tercer puesto¹⁰. Tales elementos de naturaleza económica denotan el valor devaluado que tiene este tipo de presentaciones para los organizadores.

En el caso de las personas y grupos inscritos como participantes del Carnaval,

también entran en juego un conjunto de preparativos previos al evento. Debe considerarse que las distintas modalidades de participación suponen diferentes tiempos de preparación, inversión de dinero, organización y liderazgo. Así pues, algunas pueden requerir una inversión inicial y pocos aditamentos adicionales, como los autos antiguos, mientras que otras llevan una gran inversión en diseño, prácticas, vestuario, instrumentos, organización colectiva, e incluso, búsqueda de patrocinadores, como es el caso de las carrozas, las bandas y las comparsas. Resulta claro también que las posibilidades de obtención de un premio se encuentran más disputado en las modalidades con más inscripciones y que, dependiendo del número de participantes, el botín conseguido habrá de ser dividido entre más manos. Para algunos, se trata de todo un cálculo de costo-beneficio, como señalaba un asiduo participante en los carnavales:

“hay formas más convenientes a los intereses de uno de participar en el carnaval. Vea el caso de las carrozas, allí hay que sudársela para montarla, ver quién le ayuda a uno y dónde se las agencia para conseguir la plata; en cambio si uno lleva un cuadro típico hay que meterle menos a la decorada,

10. AMSJ N°4851 1988-1989 *acta* n°12 del 3 de octubre de 1988 y n°31 del 23 de diciembre de 1988.

más gente de por aquí se entusiasma a colaborar y queda más chance de llevarse el premio, porque llega menos gente a esa vaina"¹¹.

Otro participante¹² indicaba que si lo que se desea es obtener dinero, debe inclinarse más bien por tomar parte en modalidades más individualizadas, como autos antiguos o carrozas. Respalda esta apreciación en el relato de una experiencia pasada de una alusión típica coordinada por él —un matrimonio campesino—, donde no le "rindió" el premio obtenido, por la poca monta y la cantidad de actores participantes en el montaje, todos familiares o amigos del barrio; ante la situación se decidió tomar la decisión salomónica de hacer una gran fiesta entre todos los colaboradores con una mitad del premio y destinar la otra al Hogar de Ancianos de su localidad, con lo cual todos quedaron contentos. En este caso, la pérdida de ingreso monetario para el organizador se compensa con el reconocimiento, prestigio y gratitud que le prodiga su localidad de origen.

Como puede notarse, existen un conjunto de intereses en juego, que motivan las diferentes participaciones. Al cálculo personal, debe sumarse las aspiraciones político-partidistas, las cuales también se disfraza de carnaval, como señaláramos al indicar la conformación del grupo organizador.

Otro elemento significativo al respecto es que, a diferencia de otras actividades de los Festejos Populares como el Tope y las corridas de toros, en el Carnaval no ha sido costumbre el nombrar mariscal o "dedicado" principal; la razón de esta ausencia podría encontrarse en el carácter bufonesco que connota esta posición dentro de la tradición carnavalesca —recuérdese la figura central del rey Momo o rey de los tontos—. No obstante en los últimos dos años, ha podido más la

necesidad de visibilizarse como candidatos presidenciales en ciernes y, pese al riesgo de asociación inherente, ha habido "dedicado" de la actividad.

Por su parte, los intereses comerciales de ninguna manera se encuentran exentos de la actividad; por el contrario, los afanes de lucro de la industria cervecera, tabacalera y otras múltiples empresas, encuentran terreno fértil en el Carnaval, que se torna en oportunidad privilegiada para promocionar productos o servicios a miles de potenciales consumidores. Para ello hacen uso de la presentación de disfraces con "mascotas" patrocinadoras, reparto de muestras de productos, presentación de carrozas con gran despliegue tecnológico, música en vivo, bailarines, modelos y porristas, a la vez que se recurre al financiamiento de algunas bandas, carrozas y comparsas participantes las cuales suelen desplegar sendos rótulos publicitarios. Otra práctica comercial frecuente en el Carnaval y demás facetas de los Festejos Populares, es la firma de contratos millonarios entre los organizadores y alguna empresa particular —por lo general de cerveza, refrescos gaseosos o cigarrillos— mediante el cual se designa a determinado producto como "patrocinador oficial" del evento, con lo que su publicidad se multiplica virulentamente en las tarimas oficiales, los postes del alumbrado público, las camisetas usadas por los fiscales y hasta en los letreros de tela que para su identificación, deben portar obligatoriamente cada uno de los participantes inscritos.

2. LA CALLE COMO ESPACIO DE EXPRESIÓN

Son las 12 mediodía del 27 de diciembre de 1999, catalogado por los meteorólogos como el día más frío del año. Fuertes ráfagas de viento, mecen acompasadamente los adornos de lucería y papeles metálicos de brillantes colores con que han sido engalanadas las principales arterias de la capital, por donde discurrirá el desfile.

Desde hace más de cuatro horas la muchedumbre ha empezado a agolparse a lo

11. Entrevista a Manuel Muñoz V., Guatuso de Patarrá, 13 de noviembre 1991.

12. Entrevista a José Porras Valverde, San Juan de Dios de Desamparados, 29 de octubre de 1999.

largo de la vía azotada por el frío inclemente. Como una masa casi compacta, el público se distribuye a ambos lados de la calle, la cual se encuentra flanqueada por cordones dispuestos para demarcar la ubicación de los espectadores. Todas las miradas se dirigen al espacio central de la vía, reservado como escenario para los actores del espectáculo que se aproxima. De espaldas a los espectadores, discurre un incesante flujo de transeúntes, vendedores de golosinas y bebidas, mendigos que recolectan envases de aluminio y uno que otro carterista.

Como resguardo a la seguridad pública se ha desplegado un operativo que incluye acciones de la Guardia Civil, Policía de Tránsito, Policía Municipal y la Cruz Roja. De tramo en tramo a lo largo del recorrido, se observan policías apostados o paseando por el espacio abierto frente al público, asegurándose que el orden se mantenga: cada cual en su lugar. Una novedad en la estrategia policial durante este año, consistió en pasear por la calle, durante largos trechos, a los detenidos por motivos de delito o desorden, los cuales sufre el escarnio de la muchedumbre agolpada a los lados de la vía, que les grita improperios a su paso.

La calle, espacio público por excelencia, lugar donde se concentra la masa anónima de gente en busca de diversión, de manera casi paradójica también experimenta otro tipo de ocupación. Se trata casi de una apropiación privada, llevada a cabo por grupos familiares o de amigos que de forma premeditada, literalmente colonizan una porción de pavimento, valiéndose de la instalación de diversos artefactos para demarcar su parcela: sillas plegables, hieleras, mantas, cajas plásticas, etc. Al invertir en horas de presencia anticipada, se garantizan un "palco" para el espectáculo.

Los espectadores que no llegaron tan temprano deben contentarse con ocupar una segunda, tercera o cuarta fila, con las consecuentes dificultades para la apreciación del evento. A lo largo de las seis horas de duración aproximada del desfile, además de las horas previas, las posiciones de los especta-

dores sufren ligeros cambios, orientados a buscar —o presionar— por obtener un mejor ángulo de visión hacia el centro de la calle. La cercanía entre desconocidos, también propicia la conformación espontánea de microcircuitos de interacción entre personas con afinidad etaria o de género. La interacción crece en intensidad conforme discurren las horas, dando pie a intercambio de comentarios, de golosinas y hasta de pequeños favores, como invitar a los niños "ajenos" a ocupar un sitio más al frente para que mejoren su visibilidad del espectáculo.

Entre el público, destacan los grupos familiares, que se acercan con mucho entusiasmo y, por lo general, con un presupuesto limitado, a disfrutar del espectáculo. De ahí que no resulte extraño observar como las bolsas cargadas por las madres, se tornan en cuerno de la abundancia, de donde se surte a la prole con emparedados, frutas, golosinas, bebidas frías y hasta vasos con café caliente. Las bebidas, eso sí, se ofrecen con moderación "para no tener que andar en carreras buscando baño para los güilas", como me indicaba una madre de familia.

A pesar del principio de economía doméstica que supone traer las viandas desde la casa, la oferta de vituallas para las largas horas de espera y espectáculo, no se hacen esperar. Entre gritos y empujones, el ambiente se llena del voceo de hombres, mujeres y niños vendedores: ¡Melcochas, le damos!; ¡Aquí la gelatina!; ¡con chile y sin chile, el patí limonense!; ¡Chicharrón, puro chanchito, aquí va!; ¡Fría la birra!; ¡Lloren, lloren güilas, pa' que les compren la bolsa de plátano, yuquita, papa! Otros vendedores se valen de las condiciones climáticas para ofrecer: ¡Lleve el pañuelo típico, pa' que se caliente las orejas!

Las parejas y los grupos de jóvenes también se cuentan entre el público asistente. En grupos mixtos o aglutinados por género: ellas, como espectadoras entre el tumulto o paseándose en grupitos por las aceras; ellos, ubicados estratégicamente en las aceras y esquinas, controlando espectáculo y transeúntes. Su masculinidad, acicateada por

torrentes de cerveza y demás fluidos etílicos, aparentemente les otorga licencia para acosar de forma inmisericorde a las transeúntes femeninas de su preferencia, así como para proferir a viva voz, todo tipo de comentarios jocosos y obscenos a los y las participantes en el carnaval. Tales comentarios son recibidos con especial complacencia y alborozo por el público circundante, siendo por lo general, motivo de risa, a pesar del tono abiertamente denigrante de muchos de ellos.

La población joven asistente al evento, busca sin embargo coincidir alrededor de las tarimas dispuestas por emisoras de televisión y radio, en diferentes puntos de la vía, desde donde se efectúan transmisiones en vivo, a la vez que se realizan concursos, se emite música grabada y se presentan humoristas y conjuntos musicales. Además, frente a estas tarimas, los participantes en el Carnaval se empeñan en mostrar lo mejor de sus habilidades. Existe una razón adicional para que el público prefiera esta localización respecto de otras: cabe la posibilidad de contar con la efímera fortuna de ser captado por la cámara de televisión durante algunos instantes de gloria o de ser entrevistado superficialmente por algún locutor de radio. Además, al notar la atención de las cámaras, muchas personas suelen cambiar su actitud contemplativa del espectáculo, a una pose más festiva, en donde se suceden las sonrisas, los codazos y comentarios a los acompañantes, movimientos de baile y saludos con la mano.

La presencia masiva de público en la calle, crea una sensación de ocupar un lugar físico y social compartido. Como ha notado Bajtin (1990: 87) en sus estudios sobre el carnaval medieval, en la muchedumbre el contacto entre cuerpos de personas de toda edad y condición, permite crear el sentido de ser partícipe de un pueblo en constante crecimiento y renovación. A esto debemos añadir la coincidencia en el gusto por el disfrute del espectáculo mismo y de su estética, lo que amplía el horizonte de elementos compartidos.

Sobresalir como espectador por encima del nivel de la calle no resulta un privile-

gio reservado solo para los "magos" de la información radial y televisiva; también otros sectores como la Fuerza Pública y las autoridades del gobierno central y municipal se distinguen del "común", al ocupar tarimas dispuestas para su uso particular. La posición elevada se traduce así en factor de distinción que expone jerarquías de poder a la vista de los que quedaron abajo. La presencia de funcionarios y sus familiares en este sitio permite el disfrute del evento en condiciones de privilegio, aunque no pocas veces median otras razones para su asistencia: deberes laborales o intereses de promoción de imagen o de burdo cálculo político-populista, cifrado en futuras contiendas electorales.

Existen sin embargo otras tarimas que, en el contexto del Carnaval, se tornan las más importantes: aquellas en donde se ubica el Jurado. En realidad, se trata de dos tarimas ubicadas en diferentes puntos del recorrido; una se destina a los jurados encargados de la calificación de las comparsas, bandas y autos antiguos, mientras que la otra tarima da albergue a los jurados de alusiones típicas, carrozas y disfraces, así como a miembros del Concejo Municipal y de la planta administrativa de la Municipalidad de San José¹³. En algunas oportunidades, en estas tarimas han sido ubicados invitados especiales, como es el caso del Concejo Municipal de Limón, en el año 1986¹⁴.

Además de decidir sobre la calificación y premiación de los participantes al Carnaval, los integrantes del jurado cuentan con la potestad de disponer de bebidas y comidas gratuitas servidas por personal contratado para estos efectos, prerrogativa que es extensiva también a la amplia comitiva de acompañantes. Las dimensiones de esta comitiva puede estimarse a partir del hecho de que mientras que la totalidad de miembros de jurados es de 36, se disponen un número de 370 sillas en las tarimas. A manera de ejemplo sobre esta situación, puede indicarse que

13. AMSJ N°4885 1988-1989, s.f.

14. AMSJ N°5563, 1986-1987, f.253.

para los festejos 1986-1987, los gastos de atención y refrigerio abarcaron más del 25% del presupuesto de la Subcomisión de Carnaval no destinado a premios¹⁵. Por su parte, señalaremos que en un contrato de canje publicitario suscrito entre los organizadores y una empresa cervecera, esta última se compromete a aportar, entre otros, 40 cajas de cerveza, 2000 bocas y 1000 platos plásticos para la atención de las tarimas de la Subcomisión de Carnaval¹⁶. A cambio de semejante aporte, sobre las tarimas oficiales debe colocarse un rótulo de grandes proporciones que exalta las bondades de la cerveza publicitada.

Es en estos espacios elevados ocupados por el Jurado, donde el contraste con la gente común y corriente, aquella que se apretuja a nivel de la calle, es mucho más notoria. La distinción es clara: mientras unos disfrutaban gratuitamente del pan –y algo más–, otros se quedan solo con el circo.

3. LOS DUEÑOS DE LA CALLE

Según la tradición carnavalesca, quienes participan del desfile son, en primera instancia, los dueños de ese escenario improvisado que es la vía pública. A ellos se suma el público, que desbordando su sitio, pasa en determinado momento a ocupar el escenario de la calle, sumándose con su baile y algarabía, al paso del desfile. No obstante, esta característica de espontaneidad y desenfado, suele ser evitada a toda costa por los organizadores del evento, que se empeñan en dictar normas y procedimientos para que precisamente, dicho comportamiento no ocurra. El orden es especialmente alabado una y otra vez por los animadores radiales y televisivos encargados de la transmisión del evento, que interpretan su logro como un factor de éxito en la actividad.

En el caso del Carnaval de San José, el escenario de la calle tiende a ser constreñido

de principio a fin por los lineamientos que emanan del grupo organizador. Como reza una normativa aprobada para los participantes al Carnaval de 1988-1989:

“Desfilarán en orden numérico por grupos de participantes, para una mejor calificación de los señores del Jurado”¹⁷.

Así, la lógica impuesta al carnaval prioriza la observación de los jueces, sobre la espontaneidad de la participación de actores y público. Además, se inhibe la presencia del público en el escenario de la calle –vigilada por fiscales y policías– y al cierre del evento, donde se ubican a las mejores comparsas, aquellas de música más contagiante, se destaca a lo ancho de la vía a un grupo de jinetes policías, a efectos de evitar que el público “asalte” la calle y se incorpore, bailando, a la postrimería de la fiesta.

El público que observa el evento expresa sus preferencias en relación con el espectáculo, al decir de la observación de las reacciones de aplauso, entusiasmo, desagrado o indiferencia, que se expresan al paso de los dueños temporales de la calle. En nuestra observación notamos que los comentarios a viva voz, gritos y rechiflas eran principalmente emitidos por hombres y se dirigían en su mayoría hacia mujeres jóvenes y atractivas, a mujeres “pasadas de peso” y especialmente a hombres que, por su apariencia o comportamiento, fueron tildados de homosexuales por los espectadores. La reproducción de patrones culturales patriarcales, machistas y homofóbicos, que hacen eco de esquemas generalizados de dominación, salta a la vista.

En el Carnaval también desfilan por las calles un conjunto de desigualdades, producto del diverso grado de control sobre los capitales económico, cultural o social que ostentan los participantes en las diferentes categorías. Así por ejemplo en las presentaciones de carrozas, el contraste entre quienes

15. AMSJ N°5563 1986-1987, f. 323.

16. AMSJ N°32129 1995-1996, s.f.

17. AMSJ N°4870, 1988-1989, s. f.

tienen acceso a recursos económicos, suele marcar diferencias abismales: las empresas, instituciones estatales e incluso grupos religiosos, con sendos despliegues de tecnología, vehículos, personal de apoyo y equipos de bailarines y modelos, muchas veces profesionales; en contraste, humildes carrozas de grupos comunales, que a duras penas logran agrupar algunos materiales para su montaje.

En otras modalidades de participación, como las bandas, las alusiones típicas y especialmente las comparsas, la insuficiencia de recursos propios hace que se recurra frecuentemente a la búsqueda de patrocinadores privados o estatales que ayuden a solventar los gastos de vestuario, instrumentos, apoyo logístico, etc., a cambio de publicidad.

El contraste entre grupos con mayor y menor control de capital económico, se expresa con meridiana claridad en la categoría de autos antiguos. En esta presentación, que tradicionalmente es la primera del Carnaval, acostumbran darse cita principalmente modelos de colección y por lo tanto, costosos y muy bien cuidados, que desfilan a la par de unos cuantos carros en mal estado, llamados despectivamente "perol", "traste" o "lata", por el público presente.

La posesión de un vehículo de colección es un motivo que llena de orgullo a sus propietarios, quienes no escatiman esfuerzos por lucirlos y lucirse lo mejor posible durante ese día. La gratificación que supone la exposición pública de su posesión es tal que en años pasados, esta fue la única modalidad de participación que tenía un costo de inscripción sin ser contemplada en los rubros de premiación.

El factor de distinción clasista que supone el desfile de autos antiguos, es tan evidente que incluso algunas figuras públicas —empresarios, médicos, funcionarios públicos de alto rango, etc.—, no dudan de participar en él, aunque es notoria su absoluta ausencia en cualquiera de las restantes modalidades carnavalescas.

En otras categorías de participación, es ciertamente más concurrida la afluencia de estrellas fugaces en el escenario callejero.

Para el caso de una de las más nutridas, las comparsas, encontramos que por lo general tienen su origen en populosos barrios, a la vez que proceden de todas las provincias del país, con la excepción de Guanacaste. A pesar de este origen múltiple, existe un marcado interés por buscar referentes en la tradición carnavalesca caribeña.

La intención de vincular las comparsas a la tradición afrocaribeña constituye también un esfuerzo realizado por las agrupaciones de comparsas que se ubican, espacial y culturalmente, fuera de esta tradición. Una estrategia utilizada por al menos dos grupos de comparsas del Valle Central, es incorporar como director a personas de adscripción afrocaribeña, nacidas en la provincia de Limón. Con ello se busca la apropiación más eficiente de un capital cultural que se asume como indispensable para el buen éxito de una comparsa. Otros grupos del centro del país y de la provincia de Puntarenas en el Pacífico, conformados en su enorme mayoría por personas fenotípica y culturalmente mestizas, apuestan también en esta línea, al incorporar ritmos musicales, estilos dancísticos, atuendos de inspiración africana y hasta trenzados tipo afrocaribeño.

El Carnaval constituye un espacio privilegiado para la visibilización de la diferencia. En este sentido puede entenderse la frecuente práctica de hacer explícitos los lugares de procedencia durante el desfile, en especial cuando se trata de barrios populares urbanos o localidades alejadas de la ciudad capital. Cuando muchos grupos de zaqueiros, mascaradas, comparsas y alusiones típicas despliegan orgullosos sus letreros anunciando a todos sus localidades de origen, están también exponiendo su anhelo de ampliar su presencia en el escenario nacional. En este mismo sentido puede entenderse la participación de grupos de personas discapacitadas, ancianos y hasta de comunidades religiosas protestantes y Hare Krishna.

Aún para aquellos excluidos casi en su totalidad de recursos económicos, existe espacio en el Carnaval. Se trata de reconocidos mendigos e indigentes, moradores

permanentes de las calles josefinas que, precisamente por esa condición, son reconocidos por muchos de los presentes. El cúmulo de contactos sociales que esta posición implica, favoreció el torrente de aplausos con que el público les recibió a su paso; además, no se presentó ningún impedimento policial para su incorporación al desfile, no obstante carecer de inscripción formal como participantes.

CONCLUSIÓN: EL ESPEJO O LA MÁSCARA

En tanto parte de los Festejos Populares, el Carnaval de San José constituye un lapso de fiesta al término del ciclo anual de actividades cotidianas en la ciudad capital. Al revisar sus principales expresiones, surgen una serie de cuestiones: ¿es el Carnaval realmente un espacio para la expresión de la diversidad de tradiciones que conforman el horizonte cultural costarricense?; ¿cuán vital o autónoma se expresa la cultura popular en él?; a final de cuentas, ¿tiene el pueblo la posibilidad de instaurar en las calles ese espíritu carnavalesco a que se refiere Bajtin, capaz de abrir un paréntesis de fantasía social, que haga posible develar el mundo del poder, con miras a exorcizarlo por medio de la risa?

Si consentimos en aceptar que lo popular se encuentra constituido por aquellos sectores excluidos, en diferentes grados, del poder prevaleciente en la sociedad, entonces, ¿puede la fiesta popular ser un factor de develamiento o impugnación de ese poder? Al observar la lógica que subyace a la organización del evento y a la naturaleza de las diferentes participaciones, así como al papel jugado por el público, no puede menos que responderse negativamente a esta interrogante.

En esta "puesta en escena de lo popular", al decir de García Canclini, entran a jugar una serie de intereses de las instancias intervinientes. Por un lado tenemos a la Municipalidad, buscando promocionar un evento que le rendirá beneficios tanto económicos como de legitimación política, mientras que los miembros de la Subcomisión reco-

gen regalías y prestigio, a la vez que los jurados buscan imponer sus criterios estéticos a la actividad. Por su parte, las firmas comerciales van en pos de la deseada difusión y los improvisados actores de la calle se interesan por lograr entretenimiento, apoyo local y la posibilidad de disputar un premio. Finalmente, el público presente busca distracción y diversión sin costo alguno.

Al efectuar un balance de este conjunto de intereses, resulta notoria la prevalencia de la lógica impuesta por los intereses institucionales de la Municipalidad en su conjunto, los cuales, lejos de confrontarse a los intereses de las empresas comerciales, más bien se articulan y complementan. Por su parte, la posibilidad de concreción de los intereses de los sectores populares intervinientes, tanto en calidad de participantes como de observadores, se torna viable solo en la medida que no contravenga esta lógica.

Existe en el Carnaval un manifiesto interés institucional por formalizar y regular el evento. Así, los cánones establecidos inciden sobre las posibilidades de manifestación de la expresión popular, la cual se ve constreñida en su estética y creatividad. El papel esperado para las multitudes que observan detrás de los cordones, es el de ser simplemente público espectador que ríe, sin más, al paso de los dueños temporales de la calle. Por su parte, quienes brindan el espectáculo tampoco logran ir más allá de mostrar, para otros más que para sí mismos, un fragmento de su realidad cultural, mientras que múltiples facetas de su experiencia sociocultural cotidianas quedan silenciadas. Lejos de desnudar el poder, las participaciones populares al Carnaval solo logran legitimarlo.

La formalización de que es objeto la expresión popular, unido a su folclorización, lleva a neutralizarla simbólicamente y políticamente, por lo que puede ser incorporada sin riesgo alguno a la matriz de la cultura nacional. Por ello, más que un espejo que brinde un reflejo fiel de la cultura costarricense, el carnaval tiende a constituir una máscara de lo popular.

A pesar de lo anterior, debe considerarse que la máscara, en tanto disfraz que es,

puede también esconder procesos de fortalecimiento de tradiciones culturales y de intereses grupales regionales, barriales, étnicos, de género, etc., capaces de establecer en otros términos, el vínculo con la entidad organizadora. En la medida en que observadores y actores logren ampliar los espacios para que el Carnaval recoja, sin mediación, los múltiples trazos de la experiencia cultural costarricense y logren recuperar como insumo temático la actualidad social en que se inscriben cotidianamente sus vidas, tal vez la calle, vestida de fiesta, pase a ser no solo un lugar público, sino también espacio para el fortalecimiento del pueblo.

BIBLIOGRAFÍA

- Bajtin, Mijail. *La cultura popular en la Edad Media y el Renacimiento. El contexto de Francois Rabelais*. Madrid: Alianza Editorial: 1990.
- Cox, Harvey. *Las fiestas de locos*. Madrid: Taurus Ediciones, 1983.
- Dobles, Aurelia. "Sonría, está en Carnaval", en: *La Nación* 28 de diciembre de 1999, p.5A.
- Enríquez, Francisco. "Las fiestas cívicas de San José (1825-1930)", en: *Temas de Nuestra América* nº25, jul.-dic. 1996.
- García, Néstor. *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*. México: Editorial Grijalbo, 1989.
- Laplantine, Francois. *Las tres voces de la imaginación colectiva*. Barcelona: Gedisa Editorial, 1977.
- Le Frank, Roberto. *El carnaval limonense*. San José: Ministerio de Cultura, Juventud y Deportes-OEA, 1985.
- Molina, Iván. "Don Ricardo Jiménez en un carrusel. La cultura popular y la identidad costarricense", en: *Temas de Nuestra América* nº25, jul.-dic. 1996.
- Muñoz, Kattia. "Los gigantes de las fiestas", en: *Semanario Universidad* 15 al 21 de setiembre de 1999, p.16.
- Prétiz, Loida. *Algunos rasgos de la fiesta popular en Costa Rica: una lectura desde la perspectiva comunitaria*. San José: CENAP, 1993.
- Schultz, Uwe (Ed.) *La fiesta. De las Saturnales a Woodstock*. Madrid: Editorial Alianza, 1994.
- Tosatti, Alessandro. "El juego del cuijen: el juego de la mascarada en la celebración de las fiestas de San Bartolomé en la comunidad de Barva de Heredia" UCR Tesis para optar al grado de Licenciatura en Artes Dramáticas.

Carmen Murillo Chaverri
Departamento de Antropología
Universidad de Costa Rica
carmenm@cariari.ucr.ac.cr